



*Asesorías y Tutorías para la Investigación Científica en la Educación Puig-Salabarría S.C.
José María Pino Suárez 400-2 esq a Lerdo de Tejada, Toluca, Estado de México. 7223898475*

RFC: ATI120618V12

Revista Dilemas Contemporáneos: Educación, Política y Valores.

<http://www.dilemascontemporaneoseducacionpoliticayvalores.com/>

Año: VI Número: Edición Especial. Artículo no.: 39 Período: Noviembre, 2018.

TÍTULO: El problema de la autodestrucción en el rol de la política frente a situaciones de desastre.

AUTORES:

1. Dra. Sandra Baquedano Jer.
2. Máster. Claudia Donoso Sabando.
3. Máster. Andrés Pereira Covarrubias.

RESUMEN: Un modo de entender la naturaleza impulsado por hacer del modelo económico la forma de relacionarnos con ella, no solo desencadena un proceso continuo de explotación y vaciamiento de la misma, sino también de la *psiquis* de los individuos. En base a la noción de suicidio individual como preludeo para comprender lo que está en juego en los escenarios de desastre ecológico a nivel social y político, la actual devastación planetaria puede ser concebida no solo como una forma de destrucción sino también de autodestrucción. Una genealogía del Antropoceno ayuda a repensar las formas habituales de comprender la ética y la política frente a situaciones de desastre en aras de buscar contener la pulsión eco(sui)cida y construir condiciones de supervivencia. Este artículo es fruto del Proyecto FONDECYT no.1181322.

PALABRAS CLAVES: autodestrucción, ecocidio, política, ética, naturaleza.

TITLE: The problem of self-destruction in the role of politics in disaster situations.

AUTHORS:

1. Dra. Sandra Baquedano Jer.
2. Máster. Claudia Donoso Sabando.
3. Máster. Andrés Pereira Covarrubias.

ABSTRACT: A way of understanding the nature driven by making the economic model the way to relate to it, not only triggers a continuous process of exploitation and emptiness of it, but also of the psyche of individuals. Based on the notion of individual suicide as a prelude to understanding what is at stake in ecological and social disaster scenarios, the current planetary devastation can be conceived not only as a form of destruction but also of self-destruction. A genealogy of the Anthropocene helps to rethink the habitual ways of understanding ethics and politics in the face of disaster situations in order to seek to contain the echo(sui)drive and to build survival conditions. This article is the result of the FONDECYT Project no.1181322.

KEY WORDS: self-destruction, ecocide, politics, ethics, nature.

INTRODUCCIÓN.

La devastación de la naturaleza puede ser considerada como una forma de autodestrucción en cuanto involucra al individuo y también a la especie; conllevando la masificación de esta tendencia una forma de destrucción activa del entorno natural necesario para la vida del ser humano y la preservación de la biodiversidad. El suicidio individual y el ambiental no son fenómenos sustancialmente distintos y reflexionar desde un prisma político sobre uno, ayuda a entender la naturaleza autodestructiva del otro.

El ecicidio es a su vez la forma más cruel de autoconocimiento y valoración instrumental de la naturaleza; sin embargo, su complejidad está relacionada con otras dinámicas autodestructivas globales interconectadas entre sí.

La posibilidad de enfrentarse a la representación de un ecocidio mundial implica hacer extensible el riesgo de que las poblaciones remotas del pasado –que fueron diezmadas por problemas ambientales–, sean un vaticinio de lo que realmente pueda ocurrirle al mundo globalizado. Al respecto, no existen pruebas de lo que sucederá, solo ilustraciones de lo que podría ser un lento colapso generalizado o la decadencia fulminante de la civilización industrial y su producción ruinoso de ambientes. Buscar evitar ambos escenarios implica repensar el rol de la política frente a situaciones de desastre.

DESARROLLO.

Aspectos políticos en las nociones de suicidio individual y ambiental.

Al hacer una anamnesis histórico-filosófica del suicidio, es posible constatar que diversos filósofos aún cuando pensaran la problemática del acto de darse muerte a sí mismo desde una perspectiva individual no dejaron de aprobar o rechazar la moralidad del acto a partir de referentes de orden político; por ejemplo, si nos remontamos a los orígenes de la metafísica occidental, al haber sido considerada la esclavitud (el no ser dueño de la propia vida) como algo natural en la *polis* griega, ese hecho incidió en calificar luego el suicidio como una violación a los derechos de propiedad de los dioses (Platón, 1992), lo cual derivó en la aplicación de una serie de medidas penales para castigar algunos de los correspondientes casos. En *Las leyes*, Platón –quien mantiene una actitud ambivalente respecto a la moralidad del acto–, presenta una excepción en la que el suicida debiera quedar exento de castigo asociada a cuando el agente actúa por alguna necesidad legal, tal como le ocurrió a su maestro Sócrates a quien le urge justificar.

La teoría aristotélica del suicidio también contempla concepciones relativas a la vida en la *polis* (1992), trascendiéndose un análisis individual del mismo para ser ponderado en el contexto del Estado, como un acto de injusticia dirigido en contra de este. Así son legitimadas jurídica y

socialmente una serie de leyes punitivas regentes en la sociedad griega contra quienes se suicidaban.

En el universo medieval, Tomás de Aquino retoma estas concepciones de la Antigüedad para aplicar tanto el naturalismo aristotélico como su concepción del suicidio a su particular análisis de la sociedad, diferenciando en el hombre su doble condición: la de ser humano y la de ciudadano. Esta última aptitud le permite orientarse hacia la plenitud de su ser, ya que el ser humano pertenece tanto a la sociedad como a la naturaleza sujeta al servicio de Dios; por extensión, se considera que privarse a sí mismo de la vida es un pecado contra el Estado y contra Dios (1956).

Este argumento, tanto teológico como político, se volvió común y radicalizó en diversos pensadores clásicos de la tradición, pero encontró una férrea resistencia en varios pensadores modernos. Entre ellos, Hume argumentó a través de diferentes ejemplos que el suicida no necesariamente provoca un daño a la sociedad y que incluso la consumación del acto se puede concretar para salvaguardar intereses políticos y comunitarios (1995).

Mainländer por su parte, quien se suicida a causa de una argumentación ontológica –un caso único en la historia de la filosofía–, expone en su obra capital que el hombre es en esencia voluntad de morir (1996). La vida es solo un medio para la muerte. Desde esta cosmovisión, Dios rebasado por su propio superser, resuelve que la no existencia es mejor que la existencia y haciendo prevalecer su negativa –semejante al Big Bang del comienzo, -final de todos los tiempos–, se autodestruye ávido de no ser. Esta “única y gran obra” da origen a la vida en el universo, conllevando a que su curso esté sujeto a la ley del debilitamiento de la fuerza, lo cual ha determinado y dominará la naturaleza hasta su aniquilación total.

Las situaciones de devastación socioambiental pueden conllevar a escenarios que *sensu stricto* implican casos de suicidio individual o ambiental (Shiva, 2009), pero que encuentran en esta cosmovisión una analogía *allegorica* en el Dios que al descomponerse va disminuyendo cada vez más, la suma de lo que conformaron sus fuerzas (Mainländer, 2011).

Aplicar el suicidio a modelos astronómicos o a enfoques políticos puede ayudar a sondear a través de una casuística imaginaria ciertas tendencias autodestructivas que inciden de un modo similar en los ecosistemas que han hecho posible la vida en el planeta.

El poder acumulativo de alteración y devastación de los ciclos naturales se vincula hoy con una realidad más amplia y contemporánea: el problema de la autodestrucción que implica el deteriorar la naturaleza, pues la destrucción de la misma equivale a una forma de autodestrucción que involucra al ser humano y al resto de las especies, pudiendo en algunos casos tratarse de un suicidio ambiental o de un ecocidio.

Ecocidio y autodestrucción ambiental: el matiz de la intencionalidad.

Del prefijo *eco*, *oikos*, el término ecocidio se acuñó hace unas pocas décadas en un contexto fundamentalmente bélico, específicamente en vista de denunciar la ruina ambiental y la catástrofe humanitaria derivada de la *Operation Ranch Hand* (Cecil, 1986)¹. El concepto alude en su origen a aquellas prácticas bélicas, cuyo objetivo militar se enfoca en el ambiente para causar situaciones de catástrofes naturales. La historia muestra que en tales contextos se ha buscado provocar descensos abruptos de poblaciones humanas, lograr desintegrar los cimientos sociales en los que se basa la organización, el sistema económico y las normas de civilidad de las regiones atacadas.

¹ Entre 1962 y 1971, la fuerza aérea de EEUU roció más de ochenta millones de litros de herbicidas y defoliantes. Solo en 1966 se rociaron aproximadamente veinte millones de galones de agente naranja.

El efecto devastador de las armas químicas utilizadas por Estados Unidos en Vietnam y en las zonas fronterizas de Laos y Camboya para defoliar las selvas, los bosques y destruir las cosechas, forzó, por ejemplo, el destierro definitivo, la muerte o exterminio en masa de seres humanos y no humanos (Griffiths, 2004). En este caso, en específico, de la población campesina a quienes buscaban privarles de alimento y destruirles la cubierta forestal que les servía de refugio, para así obligar mediante la hambruna y la contaminación, la migración de su gente a las zonas urbanas controladas por EEUU.

Fuentes oficiales vietnamitas calculan cerca de dos millones de víctimas humanas y tres millones de hectáreas contaminadas por estos tóxicos. Aún viven generaciones que han resultado contaminadas y siguen naciendo con severas malformaciones o desarrollan cáncer a los pocos años de nacer (Thị Bình., et al., 2006; Warwick, 1998, pp.17-18).

Esta amplia gama espectral de crímenes de guerra con el horror de las secuelas, generalizaron la idea de que en la guerra de Vietnam se había cometido un ecocidio, popularizándose con ello la noción, que como tal, violaba el derecho internacional (Zierler, 2011).

Ahora bien, el consumismo y la superpoblación humana que afectan la sobrecarga de la Tierra, reducen la capacidad del planeta para asimilar los desechos humanos (Sartori y Mazzoleni, 2003), lo cual incide entre muchas otras variantes en el cambio climático, en los problemas de escasez y gestión del agua, en la deforestación, en los índices de contaminación, erosión y salinización de los suelos; finalmente, en las guerras liberadas por el control de los recursos naturales (Shiva, 2004).

El complejo multifactorial recién expuesto nos enfrenta a una situación contemporánea que no es solo de devastación o ruina ambiental, sino también de autodestrucción.

La degradación antropogénica de hábitats y la extinción en masa de especies son desencadenadas por la puesta en práctica de hábitos que consciente o inconscientemente tienden a dañar o destruir

de un modo sustancial el ecosistema humano y la biodiversidad en la Tierra a pesar de que no exista necesariamente una intención directa de gatillar esos efectos.

Los paleobiólogos distinguen en términos generales dos tipos de tasas de extinciones: la de fondo y la ocurrida en masa. La de fondo suele darse en una constante, formando parte de un lento proceso natural, atraviesa un largo periodo de tiempo en el que exitosamente la especie y su nicho ecológico perduran sin cambios sustanciales. En contraste, las extinciones en masa son más frecuentes, aceleradas, profundas y tienen mayores efectos que las ocurridas en épocas normales (Gould, 1985). Hoy se afirma que la actual extinción en masa de especies solo es comparable con las tres últimas grandes extinciones ocurridas en el pasado geológico. La diferencia radica en que la actual es resultado de múltiples causas antropogénicas (Broszimmer, 2005).

La posibilidad de enfrentarse a la representación radical de escenarios autodestructivos o de un ecocidio mundial implica hacer extensible el riesgo de que las poblaciones remotas del pasado –que fueron diezmadas por problemas ambientales–, sean un vaticinio de lo que realmente pueda ocurrir hoy en día de manera global. No existen pruebas de lo que ocurrirá, solo ilustraciones de lo que podría ser un lento colapso generalizado o la decadencia fulminante de la civilización industrial y su producción ruinososa de ambientes.

Desastres: expresión de la destrucción ambiental.

Olas de frío y calor, incendios forestales, precipitaciones extremas, incremento del nivel de los océanos, inundaciones costeras, disminución del rendimiento de los cultivos, escasez de fuentes de agua dulce, mayor propagación de enfermedades, son solo algunos de los signos de respuesta del planeta frente a la degradación antropógena en curso. El desastre y probablemente la catástrofe, se hallan en ciernes, y sus primeros afectados seguirán siendo, como es habitual, las poblaciones más pobres del planeta; es decir, los que precisamente por su vulnerabilidad técnica, científica y económica detentan menor resiliencia y capacidad adaptativa para enfrentar las situaciones de

crisis; sin embargo, esto no significa que los países del llamado “primer mundo” puedan huir ante el recrudecimiento de estos escenarios. La Tierra es una sola, y a diferencia de la deslocalización de energías sucias, no habrá otro planeta donde escapar cuando las olas de calor y frío, cada vez más intensas, azoten las regiones, o cuando el océano cubra los territorios.

La información científica es clara al respecto, el aumento anormal de la temperatura ambiental, cuya consecuencia práctica toma forma en el denominado cambio climático, encuentra su origen en la sobreacumulación de gases de efecto invernadero. Al respecto, el último informe del IPCC de 2014 sostiene que a nivel global tanto el crecimiento económico como demográfico constituyen las principales fuentes emisoras de CO₂; sin embargo, es importante aclarar que mientras el crecimiento demográfico observado entre los años 2000 y 2010 fue similar al registrado en los tres últimos decenios, el crecimiento económico se ha incrementado notoriamente con el paso de los años.

Pese a que el conocimiento de las causas y de los posibles escenarios –muchos de los cuales al día de hoy han superado las proyecciones estimadas– se vienen advirtiendo desde hace tiempo; ello no ha implicado el tratamiento efectivo de las primeras. De hecho, se observa de manera reiterada cómo las instituciones económicas no están dispuestas a desbaratar el andamiaje sobre el cual se apoya su lógica de funcionamiento, aunque paradójicamente dichas iniciativas estén orientadas hacia la preservación del medio del cual depende su existencia.

Por su parte el mismo organismo encargado de proponer lineamientos de acción para enfrentar la crisis climática (Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático) no cuestiona en sus informes la lógica de un sistema económico sustentado en un consumismo ilimitado, tampoco las determinaciones que emanan de sus reuniones son jurídicamente vinculantes, y finalmente, los plazos que establece para el logro de los objetivos no parecen sintonizar con la premura que plantea nuestra actual situación, y para colmo, los Estados atentos a los deseos del

capital parecen poco proclives a desafiar la lógica de este, con lo cual terminan por orientar su acción hacia los efectos a corto plazo, mas no a las causas.

El panorama no parece muy auspicioso y “vamos cayendo en la cuenta de que nadie va a venir a salvarnos de esta crisis, y de que para que se produzca algún cambio, el liderazgo tendrá que brotar desde abajo, desde las propias bases de la sociedad” (Klein, 2015, p.571); no obstante, esto no parece ni tan sencillo ni tan fácil, entre otras cosas, debido al manejo de las subjetividades colectivas e individuales del sistema económico vigente.

Destrucción antropogénica de la naturaleza y del sí mismo.

Concretamente, una economía impulsada por la idea de hacer del modelo económico “un modelo de la existencia misma” (Foucault, 2007, p.278), no solo desencadenará un proceso continuo de explotación y vaciamiento de la naturaleza resultado del ciclo económico: “cómprelo, disfrútelo, tírelo”, sino también de la misma *psiquis* de los individuos. Este hecho se explica, porque la técnica de poder de las expresiones del capitalismo neoliberal no opera contra la voluntad, no prohíbe, ni castiga, sino que en base a un proceso de seducción y afirmación dirige la voluntad del sujeto sometido a su favor (Han, 2014), al entender que “la positividad del poder es mucho más eficiente que la negatividad del deber” (Han, 2012, p.17). Esto en la práctica ha permitido que cada sujeto, comprendido como un empresario de sí mismo encargado de consumir satisfacciones, haya terminado por mutar la explotación ajena en una explotación de sí manifestada en un autosometimiento a los designios del capital (Han, 2014; Foucault, 2007; Laval y Dardot, 2013).

De esa manera, la sociedad disciplinaria con su “*disciplinamiento corporal*” evoluciona –sin perder el orden impuesto– hacia la del rendimiento con su “*optimización mental*”, expresada en una “*autoexplotación total*” (Han, 2012). En otras palabras, un trabajo del sujeto “sobre sí mismo, una tortura sobre sí mismo”, sobre su cuerpo y sobre su mente; para convertirse en capital humano, “empresario de sí mismo”, “máquina idónea”, evaluable, predecible, calculable, manipulable,

disponible, objeto disciplinable capaz de responder de manera casi automática a los intereses de la lógica comercial (Lazzarato, 2013). Si la negatividad de la sociedad disciplinaria “genera locos y criminales”, la del “rendimiento, por el contrario, produce depresivos y fracasados”. Específicamente, el sujeto autosometido al imperativo del rendimiento, se vuelve depresivo cuando es consciente de que ya no puede explotar de sí más coacción y libertad en un mismo escenario. De ahí que “las enfermedades neuronales como la depresión, el trastorno por déficit de atención con hiperactividad, el trastorno límite de la personalidad o el síndrome de desgaste ocupacional definan el panorama patológico de comienzos de este siglo” (Han, 2012, p.7).

Más productividad, más consumo, más rendimiento, más información, más rapidez, es lo que se autoimpone esta “máquina de rendimiento autista” que es el hombre. Desde este panorama, la vida se vuelve efímera y sin sentido, tanto por la frustración de un sujeto consciente de su incapacidad para alcanzar un rendimiento exponencial, como porque una vida reducida a la optimización del rendimiento no deja espacio para la meditación, profundizando con ello la falta de ser y ante cuya ausencia surgen la histeria, el nerviosismo y la intranquilidad.

La estimación del cálculo y la utilidad como parámetro exclusivo de valoración de las acciones humanas –propia de un sistema económico capitalista, ya en su versión financiera o industrial– no será más que el reflejo especular de un paradigma que desde la modernidad viene imponiéndose sobre la naturaleza, reducida cada vez más a lo concreto, lo disponible, lo constante; en fin, lo que está listo para el consumo: stock, reserva, recurso, subsistencia o fondo (Acevedo, 2014), llámelo usted como quiera.

La escasa o nula atención brindada al pensar en pos del sentido, debido a la excesiva diligencia prestada al saber orientado por la utilidad de la razón técnico-instrumental, fue lo que provocó que el hombre cayera en una *vorágine* represora del cuerpo, la *psiquis*, la imaginación, el deseo y la naturaleza. Es precisamente este extravío de la facultad de pensar –encargada de buscar las

respuestas a las preguntas por el significado— lo que terminó por convertir la razón en cálculo, quedando presa de un instrumentalismo que todo lo pervierte. Especial atención merece esto a la luz de un accionar humano superador de la esfera antropocéntrica y capaz de extender la imprevisibilidad de su actuar al reino de la naturaleza, ante lo cual es altamente probable que la interacción de estas fuerzas elementales —no sujetas a leyes inmutables— con la acción humana incrementen la imprevisibilidad inherente a los efectos de esta última.

Autodestrucción total y los matices de la antropogenia.

La mayor representación sobre la autodestrucción y el escenario de desastre ambiental antropogénico a nivel planetario se ha cristalizado en lo que a comienzos de este siglo se acuñó con el nombre de “Antropoceno” (Crutzen, 2002, p.23); una noción que dio origen a un prolífico campo de estudio y discusión en distintos ámbitos disciplinares e interdisciplinares. Dicho brevemente, el término “Antropoceno” (*anthropos*: hombre, y *kainos*: nuevo o reciente) refiere a una nueva unidad de tiempo geológica que designa el potente impacto sobre la tierra y la atmósfera en todos sus niveles por efecto de la intensificación de la actividad humana. El *anthropos* se transformó, en un momento específico de su historia, en una “nueva fuerza telúrica” (Ibíd), en un verdadero agente geológico capaz de marcar un punto de no-retorno respecto de la normalidad de las condiciones biológicas y geofísicas del sistema-Tierra mantenidas por milenios.

Los numerosos y dramáticos escenarios actuales de ruina ambiental, recién mencionados, que se encadenan unos con otros y se encuentran en progresiva intensificación, se presentan como ilustración y efecto de aquello que refiere la idea de Antropoceno. Con este descubrimiento conceptual, han emergido traumáticamente los límites de la actividad de la civilización moderna frente a una naturaleza que se nos muestra “de súbito” absolutamente impredecible, no lineal, indomesticable, no más subordinada al cálculo. ¿Acaso no habrá sido desde siempre así y solo

estamos despertando abruptamente de un sueño, del “sueño de la razón”? –parafraseando a Jacques Derrida– de la razón como sueño (1989).

La magnitud del fenómeno y la perplejidad en la que nos sumerge la representación totalizante del Antropoceno no ha hecho aparecer aún una nueva imaginación que suponga una salida de este oscuro escenario; no obstante, sí ha generado un cambio radical de las condiciones de su visualidad, de las condiciones materiales y experienciales para producir una otra imagen (Emmelhainz, 2015). Se ha abierto un abismo entre la dimensión ética y la actual consistencia que ha tomado el mundo en contra de sí mismo, haciendo surgir –tal como ha llamado la atención Bruno Latour– la pregunta por cómo poder salvar la brecha inconmensurable entre la escala de estos fenómenos y la responsabilidad individual, sobre todo ante el océano de catástrofes ambientales que atestiguamos y que se esperan venir (2012). La situación, que constituye una “olla a presión” social, arroja un dilema ético-político aparentemente insuperable, pero sobre todo, si seguimos pensando las nociones de ética y política en los mismos términos en que históricamente se han asimilado. En el fondo, este escenario de desastre total es también una pregunta por ambos términos como ideas en sí, por los modos en los que estos se construyeron como conceptos. Es posible demostrar que el proceso reflexivo de lo social, de lo humano y de su organización, donde ambas nociones han sido fundamentales, está profundamente implicado con el modo en el cual se ha entendido y conceptualizado la “naturaleza” (Pikalo & Luksic, 2013).

Ahora bien, la imaginación teórica que poco a poco ha ido brotando ante un escenario de tan extrema incertidumbre y perplejidad; en términos generales, ha apuntado a responder la pregunta por el qué hacer, señalando algunas estrategias para pensar la posibilidad de un mundo no autodestructivo, una representación distinta a la eco(sui)cida.

Se puede sintetizar, que estas estrategias interpretativas han concurrido en la necesidad de interrogar la separación fundamental entre humanidad y naturaleza, cultura y naturaleza, entre lo social y lo natural. Un binarismo que es constitutivo y está en la base del problema que se enfrenta, pero que la formulación generalizante del diagnóstico de la antropogenia no ha contribuido a disolver. Muy por el contrario, el argumento de las causas antropogénicas del desastre planetario sigue sosteniendo el presupuesto de que si bien pueden ser múltiples las causas humanas, persiste la comprensión de la unidireccionalidad de la acción sobre la naturaleza como otredad. Aunque se ha reconocido que este argumento sirvió originalmente para llamar la atención y ofrecer una imagen potente sobre un presente y futuro ecológicamente distópicos, la idea de “edad del Hombre” o de Antropoceno ya ha sido sistemáticamente puesta en entredicho (Cox, 2015; Luke, 2013; Moore, 2011). Esto pues, dicha imagen parece convertirse y propagarse rápidamente como una falsa abstracción, como un “chivo expiatorio” que está omitiendo lo que en rigor constituye la especificidad del Antropoceno – concretamente relativa a Occidente, al imperialismo del hombre blanco y el despliegue mundial del capitalismo—, como si no hubiera otra opción que este presente que ha sido producido en los últimos 250 años.

Las vertientes críticas que de allí surgen son variadas y han generado diversas “agendas” según sea la definición o el carácter que adquiere la lectura sobre la especificidad del Antropoceno. Así comienza a ser referido como Euroceno, Entropoceno, Capitaloceno, Androceno, Antropobsceno, entre otras designaciones; todas de perspectivas que han constituido ciertamente modos de politizar la ecología supuesta en el concepto original de Antropoceno. Estrategias de pensamiento que en rigor toman como principio la necesidad de una “desautomatización” de lo que se ha entendido hasta ahora por “naturaleza”; esto es, como diría Enrique Leff, una desnaturalización de las condiciones “naturales” de existencia, de los desastres “naturales”, de la “ecologización” de las relaciones sociales. No se trata desde este punto de vista “tan solo de adoptar una perspectiva

constructivista de la naturaleza, sino política, donde las relaciones entre los seres humanos, y entre estos con la naturaleza, se construyen a través de relaciones de poder (en el saber, en la producción, en la apropiación de la naturaleza) y de los procesos de ‘normalización’ de las ideas, discursos, comportamientos y políticas” (2006, p.26).

Ahora bien, si la explicación antropogénica cada vez más extendida que vincula a la “humanidad” en su conjunto como responsable del Antropoceno, ha terminado por cristalizar una imagen totalizante y dicotómica; solo un análisis crítico totalizador de las transformaciones ecológicas de dicha acción podrá ver específicamente el modo en que el capitalismo ha operado diferencialmente sobre la trama de la vida. En dicha trama, la división ontológica entre los dominios de la humanidad y naturaleza ha establecido un régimen de verdad a través del tiempo y del espacio que resulta hasta hoy muy difícil, si no imposible, de trascender dentro del mismo esquema de pensamiento. Este se corresponde precisamente con la escena binaria dispuesta desde hace mucho, constitutiva del pensamiento occidental, que ha habilitado la explotación sistemática de las “naturalezas humanas y extrahumanas” (Moore, 2014a), sirviendo de pivote autojustificadorio hasta la actualidad al modo de producción capitalista.

Etimológicamente, la palabra economía viene del griego *oikonomia* que se compone de *oikos/casa* y *nomos/ley*. Vale decir, es lo relativo a la *ley* de “la casa” o de la esfera de la necesidad, que en la tradición occidental se opone y diferencia de la esfera de la *polis* o de la libertad (Arendt, 1993), y a la vez constituye su condición de posibilidad. En ese sentido, el capitalismo como *oikonomia* dice relación con una ley, que organizando la esfera de la necesidad, ha hecho posible la libertad política, la autonomía del sujeto, habiéndose establecido en un determinado momento histórico por sobre un telón de fondo supuestamente “ahistórico” definido como “naturaleza”.

Si se atiende que al capitalismo como *oikos-nomia* debe subyacer necesariamente un *logos*, vale decir, una *oikos-logia*, un ordenamiento que constituye a esa ley de “la casa” y se inscribe en una trama múltiple de relaciones especies-entornos; entonces el análisis apunta más lejos. Aquello que subyace a la fuerza ordenadora de la ley “oikonomía”, es lo que produce soberanamente dicho *nomos* y que reparte los lugares sensibles donde habitamos y reproducimos nuestras relaciones los existentes humanos y no-humanos. Un *logos* que surge como una forma histórica de “ordenamiento” y que se corresponde con la estructura binaria del pensamiento occidental, desplegándose sobre un mundo de relaciones creativas y generativas de especies-ambiente (Moore, 2014b).

Consiguientemente, como ha intentado mostrar Jason W. Moore, la “ecología” referiría entonces a las relaciones *del todo*. En este sentido, será a partir del surgimiento del moderno sistema mundial, que las relaciones que supuso el capitalismo temprano entramaron un específico diagrama de organización de la vida en su totalidad en función de la acumulación sin fin de capital como su único propósito. Allí el dispositivo de pensamiento binario, que se reconoce en la distinción humanidad/naturaleza, política/naturaleza y demás, se identifica operando como uno de los tres pivotes que se articularon inherente e inescindiblemente en la conformación de la matriz civilizatoria occidental, a saber: la acumulación de capital, la persecución de poder y la producción de la naturaleza (2014c). Considerando aquello, no habría existido nunca algo así como una distinción *dada* entre “la humanidad” actuando unilateralmente con y sobre una “naturaleza” que le es externa, sino que ambas dimensiones se corresponden y ha sido mutuamente constitutivas dentro de lo que Moore llama la “trama la vida” (*the web of life*).

¿Cómo pensar entonces una ética y/o una política ante este escenario mundial de desastre y autodestrucción, si estas nociones han sido solo pensadas en la esfera moderna de la libertad, atendiendo a que resulta ya inocultable el hecho de que la “mansión de las libertades modernas”

(Chakrabarty, 2009, p.58) donde hemos vivido hasta ahora está construida y sostenida sobre la base de la invención y extenuación de “naturalezas” convertidas en recurso?. De aquí que sea fundamental sostener que no será sino enfatizando con mayor fuerza una disolución de la falsa, o más bien, cómplice y funcional dicotomía entre naturaleza y humanidad, inventada a la luz de intereses históricos y geopolíticos particularmente situados, lo que permitiría contribuir productivamente a la imaginación política en el Antropoceno.

Una empresa requiere no solo de la deconstrucción del dualismo naturaleza/sociedad sino de un movimiento más profundo que signifique dismantelar el abanico de dualismos interrelacionados, que constitutivamente binario, estructura un modo calculante al pensamiento occidental, y por tanto, a las nociones de ética y política tal como las venimos entendiendo.

CONCLUSIONES.

La devastación planetaria de lo que históricamente se ha definido por “naturaleza” puede ser entendida en la actualidad no solo como una destrucción sino también como una autodestrucción al incluir escenarios de suicidio ambiental y ecocidio.

Sobre la base de la idea de suicidio individual como alegoría para comprender lo que está en juego en los escenarios de desastre ecológico a nivel social y político, se han podido identificar dos dimensiones profundamente interrelacionadas en las que se pueden observar las dinámicas autodestructivas en las que estamos inmersos.

La primera dimensión se expresa a nivel del lazo social y de las subjetividades contemporáneas producidas por, y subordinadas a la lógica de consumismo ilimitado del neoliberalismo hegemónico. Intensidades, cuerpos, reproducción biológica desenfrenada, y deseo colectivo son secuestrados por una maquinaria extractiva y devastadora, que mediante ficciones de sentido, necesita de la generación de modos de existencia radicalmente alienados de la trama de relaciones especies-entornos en la cual se inscriben, y a partir de la cual se constituyen parasitariamente. La

reproducción biológica y social de este patrón tardocapitalista no sería necesariamente inconsciente, sino fundamentalmente cínica, y en ese preciso sentido, autodestructivo: “ellos saben muy bien lo que hacen, pero aún así, lo hacen” (Zizek, 2003, p.57).

La segunda dimensión, expresada al nivel de la trama de la vida organizada por el capitalismo, tiene que ver con la tensión entre la particularidad de la intencionalidad (auto)destructora y sus fundamentos ontológicos binarios, por un lado, y la totalidad de sus consecuencias desastrosas, por otro.

Una genealogía del Antropoceno como representación radical de este escenario arrastrará consigo las formas habituales de comprender la ética y la política frente a situaciones de desastre, planteándonos la no menos radical tarea de elaborar un pensamiento distinto para contener la pulsión eco(sui)cida y construir condiciones de supervivencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

1. Acevedo, J. (2014). Heidegger: existir en la era técnica. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
2. Aquino, T. (1956). Suma Teológica. Madrid: Editorial Católica.
3. Arendt, H. (1993). La condición humana. Barcelona: Paidós.
4. Aristóteles. (1992). Ética nicomáquea. Madrid: Gredos.
5. Baquedano Jer, Sandra y Donoso Sabando, Claudia (2018). Antropoceno y cambio climático: la ausencia de lo común en actividades y hábitos humanos que componen el ambiente. En: Revista Dilemas contemporáneos: Educación, Política y Valores. Año: V Número: 3 Artículo no.: 54. De: <https://dilemascontemporaneoseduccionpoliticayvalores.com/files/200003842-b3217b4196/18.5.54%20Antropoceno%20y%20cambio%20clim%C3%A1tico%3B%20la%20ausencia%20de%20lo%20com%C3%BAAn%20en.....pdf>

6. Baquedano Jer, Sandra (2018). Aporías antiespecistas relativas a la muerte en animales no humanos. En: Revista Dilemas contemporáneos: Educación, Política y Valores. Año: V Número: 2 Artículo no.39. De:

<https://dilemascontemporaneoseduccionpoliticayvalores.com/files/200003737-bd933be8d6/18.1.39%20Apor%C3%ADas%20antiespecistas%20relativas%20a%20la%20muerte%20en....pdf>
7. Broswimmer, F. (2005). Ecocidio: Breve historia de la extinción en masa de especies. Pamplona: Editorial Laetoli.
8. Cecil, P. (1986). Herbicidal Warfare: The Ranch Hand Project in Vietnam. New York: Praeger.
9. Chakrabarty, D. (2009). Clima e historia. Cuatro tesis. Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo, (31), 51-69.
10. Cox, C. R. (2015). Faulty Presuppositions and False Dichotomies: The Problematic Nature of «the Anthropocene». Telos, (172), 59-81.
11. Crutzen, P. (2002). Geology of mankind. Nature, 415(6867), 23-23.
<https://doi.org/10.1038/415023a>
12. Derrida, J. (1989). De la economía restringida a la economía general. Un hegelianismo sin reserva. En La escritura y la diferencia (pp. 344-382). Barcelona: Anthropos.
13. Emmelhainz, I. (2015, marzo). Conditions of Visuality under the Anthropocene and images of the Anthropocene to Come. e-flux, (63). Recuperado de <http://www.e-flux.com/journal/63/60882/conditions-of-visibility-under-the-anthropocene-and-images-of-the-anthropocene-to-come/>
14. Foucault, M. (2007). Nacimiento de la biopolítica. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
15. Gould, S. (1985). The Flamingo's Smile: Reflections in Natural History. New York: W.W. Norton & Co.

16. Griffiths, P. (2004). *Agent Orange: Collateral Damage in Vietnam*. London: Trolley Books.
17. Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
18. Han, B. (2014). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.
19. Hume, D. (1995). *Sobre el suicidio y otros ensayos*. Madrid: Alianza Editorial.
20. Klein, N. (2015). *Esto lo cambia todo: el capitalismo contra el clima*. Buenos Aires: Paidós.
21. Latour, B. (2012, Invierno). Esperando a Gaia. Componer el mundo común mediante las artes y la política. Otra parte. *Revista de letras y artes*, (26), 67-76.
22. Laval, C. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón de mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
23. Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado: ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
24. Leff, E. (2006). La ecología política en América Latina. Un campo en construcción. En H. Alimonda, *Los tormentos de la materia. Aportes para una ecología política latinoamericana* (pp. 21-39). Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
25. Luke, T. (2013). The Anthropocene and Freedom: Terrestrial time as political mystification. *Platypus Review*, (60), 2.
26. Mainländer, P. (1996). *Die Philosophie der Erlösung*. New York, USA: Georg Olms Verlag.
27. Mainländer, P (2011). *La filosofía de la redención*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
28. Moore, J. (2011). Transcending the metabolic rift: a theory of crises in the capitalist world-ecology. *The Journal of Peasant Studies*, 38(1), 1-46.
<https://doi.org/10.1080/03066150.2010.538579>
29. Moore, J. (2014a). De objeto a Oikeios: la construcción del ambiente en la ecología-mundo capitalista. *Revista Sociedad y Cultura*, (2), p.:87-107.

30. Moore, J. (2014b). *The Capitalocene Part I: On the Nature & Origins of Our Ecological Crisis*. Unpublished paper, Fernand Braudel Center and Department of Sociology, Binghamton University.
31. Moore, J. (2014c). *The Capitalocene Part II: Abstract Social Nature and the Limits to Capital*. Unpublished paper, Fernand Braudel Center and Department of Sociology, Binghamton University.
32. Pikalo, J., & Luksic, I. (2013). Conceptions of Nature in the History of Political Thought. *Annales-Anali Za Istrske in Mediteranske Studije-Series Historia Et Sociologia*, 23(2), 191-202.
33. Platón. (1992). *Las leyes*. Madrid: Editorial Gredos.
34. Sartori, G. y Mazzoleni, G. (2003). *La Tierra explota*. Madrid: Editorial Taurus.
35. Shiva, V. (2004). *Las guerras del agua*. Barcelona: Icaria.
36. Shiva, V (2009). *Semi del suicidio*. Roma: Odradek.
37. Thị Bình, Nguyễn, et al. (2006). *Victims of agent orange/ dioxin in Vietnam the expectations*. Research Centre for Gender, Family and Environment in Development. Proceedings of the International Scientific Conference, Hanoi.
38. Warwick, H. (1998). "Agente Naranja: el envenenamiento de Vietnam". *The Ecologist*, 28(5), 17-18.
39. Zierler, D. (2011). *The invention of Ecocide: agent orange, Vietnam, and the scientists who changed the way we think about environment*. Georgia: University of Georgia Press.
40. Zizek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA.

1. Catton, W. (2010). *Rebasados: las bases ecológicas para un cambio revolucionario*. Ciudad de México: Editorial Océano.

2. Intergovernmental Panel of Climate Change. (2014). Cambio climático 2014: Informe de síntesis. Contribución de los Grupos de trabajo I, II y III al Quinto Informe de Evaluación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático. Pachauri, R. y Meyer, L. (Eds.). Recuperado de:
https://www.ipcc.ch/pdf/assessment-report/ar5/syr/SYR_AR5_FINAL_full_es.pdf
3. Moraga, P. y Araya, G. (2015). La gobernanza del cambio climático. Propuesta de marco legal e institucional para abordar el Cambio Climático en Chile. Recuperado de: http://www.cr2.cl/wp-content/uploads/2015/08/Gobernanza_CC-1.pdf
4. Organización de las Naciones Unidas (2015). Convención Marco sobre el Cambio Climático. Informe de la Conferencia de las Partes sobre su 21º período de sesiones. Recuperado de:
http://unfccc.int/portal_espanol/essential_background/acuerdo_de_paris/items/10085.php

DATOS DE LOS AUTORES.

1. **Sandra Baquedano Jer.** Máster en Filosofía y Doctora en Filosofía. Profesora Asociada del Departamento de Filosofía, Universidad de Chile. Este artículo es fruto del Proyecto FONDECYT no.1181322. Correo electrónico: sandra.baquedano@uchile.cl
2. **Claudia Donoso Sabando.** Máster en Bioética y Máster en Filosofía. Profesora Conferenciante de la Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad de Talca. Correo electrónico: cldonoso@utalca.cl
3. **Andrés Pereira Covarrubias.** Máster en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad. Doctorando en Filosofía de la Universidad de Chile, afiliado al Centro Nacional de Investigación para la Gestión Integrada de Desastres Naturales (CIGIDEN). Correo electrónico: pereirandres@gmail.com

RECIBIDO: 9 de septiembre del 2018.

APROBADO: 25 de septiembre del 2018.